

¿Estamos salvados?

(En torno a Ionesco)

Agustín Monsreal

I

Con el propósito de abrirme camino hacia la obra *Juegos de masacre* de Eugène Ionesco, quizá el único autor trágico del teatro actual, quiero rescatar de la tragedia *Edipo Rey*, de Sófocles, un elemento dramático que pasa generalmente inadvertido: la peste que devasta la ciudad de Tebas. La peste, la muerte física común, que al sobrevenir pone de manifiesto la fragilidad entera de los hombres; el espejo atroz que nos muestra la otra imagen de la realidad, la dimensión oculta de la naturaleza humana, el mal que todos llevamos dentro y que se desarrolla, sin que hagamos nada por evitarlo, en la oscuridad. La llama de la peste quema, pero ilumina. Es una experiencia del hombre, pero los hombres se olvidan de la llaga en cuanto la piel cicatriza. ¿Quién está a salvo de la experiencia de la peste? ¿Quién está a salvo de su propia corrupción, de la epidemia de sí mismo?

II

La muerte multiplica su horror y siembra de cadáveres las calles y los campos; el hambre cunde, los frutos se pudren en sus mismos tallos, y las madres son atormentadas por el dolor cruel de la infecundidad. “Es la terrible peste” cuyo fantasma avanza implacable y amenaza con dejar vacía y silenciosa la tierra de Cadmo. Los ciudadanos de Tebas se reúnen en la plaza ante el altar de Apolo Licio y suplican al dios que sea contenido el oleaje de sangre en que se hallan inmersos. Atraído por los lamentos y clamores, y por el perfume de los sacrificios del incienso que satura la ciudad, el rey Edipo acude a la plaza. Los ciudadanos todos de Tebas lo consideran el mejor de los hombres y, aunque no intentan asimilarlo a los dioses, solicitan de él que restaure la ciudad y consolide la patria. Edipo, que no ignora los acontecimientos, ha enviado a su cuñado Creón a consultar el oráculo acerca del origen del mal y la manera de contrarrestarlo. El oráculo responde que, para acabar con los infortunios, es preciso arrojar de la ciudad

“una mácula que la infesta”. Y advierte que si se deja que el mal medre, terminará por ser incurable. El medio que se impone para la salvación es encontrar a los asesinos de Layo, el antecesor de Edipo en el poder, y castigarlos.

Se descubre así que de un crimen oscuro y remoto, de una culpa oculta, proviene la peste, el exterminio de los hombres y de la tierra de Cadmo. Los habitantes de Tebas, al refugiarse en el silencio cuando fue cometido el crimen, se hicieron, por extensión, por *contagio*, autores y cómplices del mismo. Y la complicidad, el miedo, la indiferencia, son formas de corrupción. Y la corrupción es una segunda cara de la peste. Pero el oráculo habló únicamente de los asesinos de Layo, y Edipo se propone descubrirlos, hacer justicia, y librar a la ciudad de todos sus males. A partir de este momento, el desencadenamiento brutal y rotundo de la fuerza de los acontecimientos opaca la mortandad, la diluye casi, y empiezan a surgir incontenibles las ramificaciones de la corrupción.

El ciego Tiresias, vidente de la ciudad, se presenta ante Edipo y expresa, en un demoledor juego adivinatorio, que es el mismo Edipo el culpable, la mácula que infesta: Edipo asesino de su padre, esposo de su madre, hermano de sus propios hijos. Esta verdad insoportable de oír, por aterradora, por increíble, Tiresias la *sabía* desde siempre; guardó silencio, sin embargo. Yocasta, la esposa-madre de Edipo, mandó asesinar a éste recién nacido, en un intento de violar la acción del destino (un hijo que matará a su padre y se casará con su madre), aunque sabía que la acción del destino era inviolable. Layo, el padre-víctima, al consentir en el sacrificio de su hijo, lo hace con el propósito de desvanecer la sombra de su propio sacrificio. El pastor encargado de cometer el infanticidio, no tiene valor para ejecutar la orden de sus amos y entrega la criatura a otro pastor; años más tarde, es testigo presencial de la muerte de Layo a manos de Edipo, y cuando éste toma para sí el trono y la cámara nupcial de su víctima, el pastor se esconde y calla lo que sabe.

Edipo abandonó Corinto, ciudad en la que había vivido siempre, porque tenía duda acerca de que los padres que conocía y amaba, fuesen los verdaderos. Al salir de Corinto, se dirige a consultar el oráculo con el fin de conocer la verdad acerca de su origen; pero el oráculo no hace ninguna luz al respecto y, en cambio, le advierte que habrá de ser parricida e incestuoso (la voz del oráculo era considerada infalible, y sus predicciones inevitables). No obstante, poco después de haber escuchado aquello, Edipo da muerte a un hombre y, posteriormente, desposa a una mujer viuda. O sea, que *olvida* las palabras del oráculo. También Yocasta, cuando consiente en un

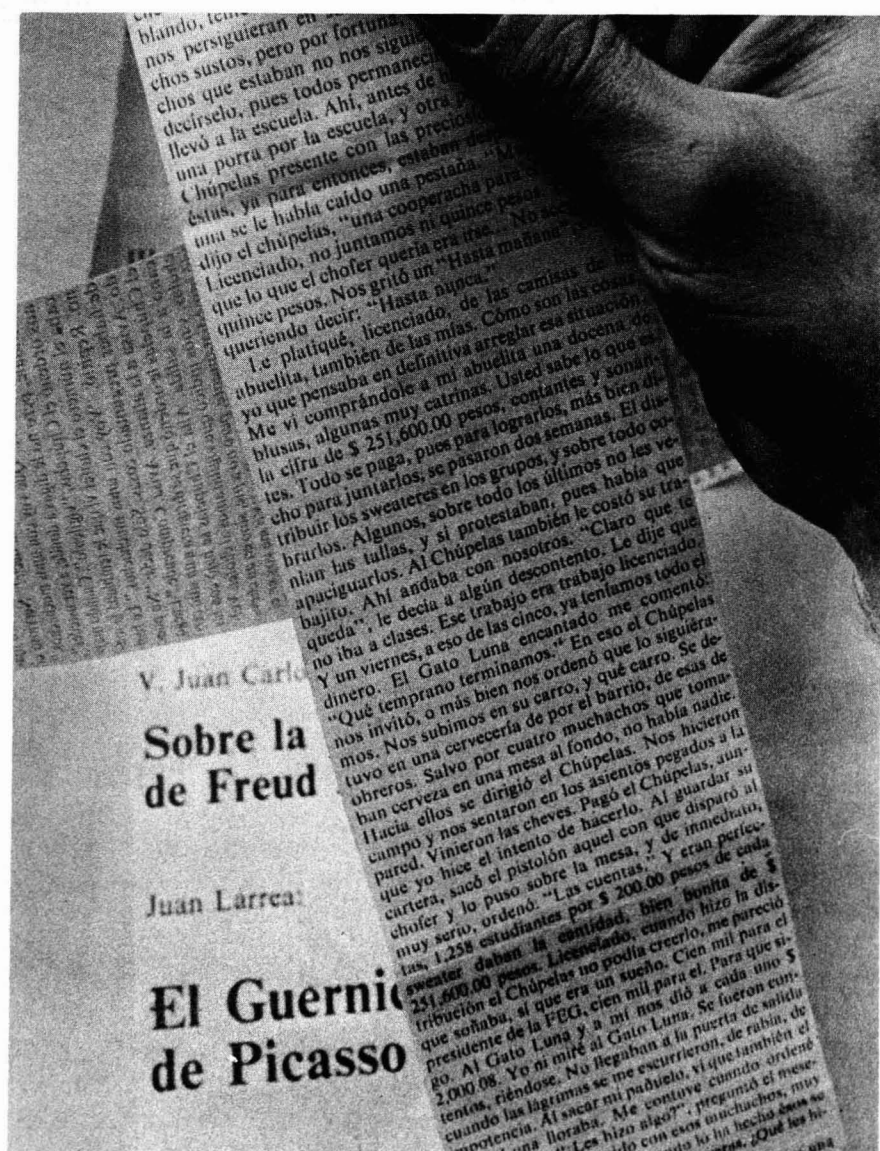
segundo matrimonio (con un extranjero a quien apenas conoce), luego de que su primer esposo fue muerto por un desconocido, *olvida* lo que jamás debió haber olvidado. Mandó asesinar a su hijo recién nacido, para que las predicciones del oráculo no se viesan cumplidas, pero nunca tuvo la certeza de que el crimen hubiese sido realmente cometido. También Tiresias *olvidó* lo que sabía, y también el pastor. Al igual que todos y cada uno de los habitantes de Tebas, los protagonistas de esta tragedia luchan con todas sus fuerzas por huir de la crueldad de su destino particular y no se dan cuenta de que, al hacerlo, ponen en juego la supervivencia del destino común.

La voz del oráculo no hace sino revelar al hombre el horror propio de su naturaleza. Entonces, ¿por qué huye Edipo? ¿Por qué huye el hombre, si sabe que sólo por medio del conocimiento y de la aceptación plena del horror de sí mismo es como puede alcanzar la integridad y la pureza, la estructura, la dimensión verdadera del ser humano? ¿Por qué Edipo no hace frente a su destino, por qué no lo intenta siquiera? Quizá por que Edipo, el hombre, se complace en su ceguera. Quizá porque es menos doloroso culpar al destino o a los dioses, que admitir que es el propio Edipo el culpable de sus propios males.

Finalmente, Yocasta se ahorca, Edipo se revienta los ojos y la ciudad se salva. La peste, en cuanto enfermedad física que causa gran mortandad, se extingue. Pero, ¿se extinguen también la impureza, la corrupción? Algunos años más tarde, los hijos-hermanos de Edipo nos ofrecen la respuesta, cuando vuelven a sumergir a la ciudad de Tebas en un nuevo oleaje de sangre y destrucción.

III

Toda peste (todo oráculo) pone en evidencia a los hombres frente a sí mismos: los hombres son el ángel exterminador del hombre. El hombre ya no posee siquiera la capacidad de mirar sencillamente una flor o una estrella; el hombre ha perdido toda capacidad para el asombro. No es culpa





del hombre, sino de los hombres. Aun la muerte puede ser bella, si se la sabe mirar. La peste (el oráculo) hace las veces de conciencia.

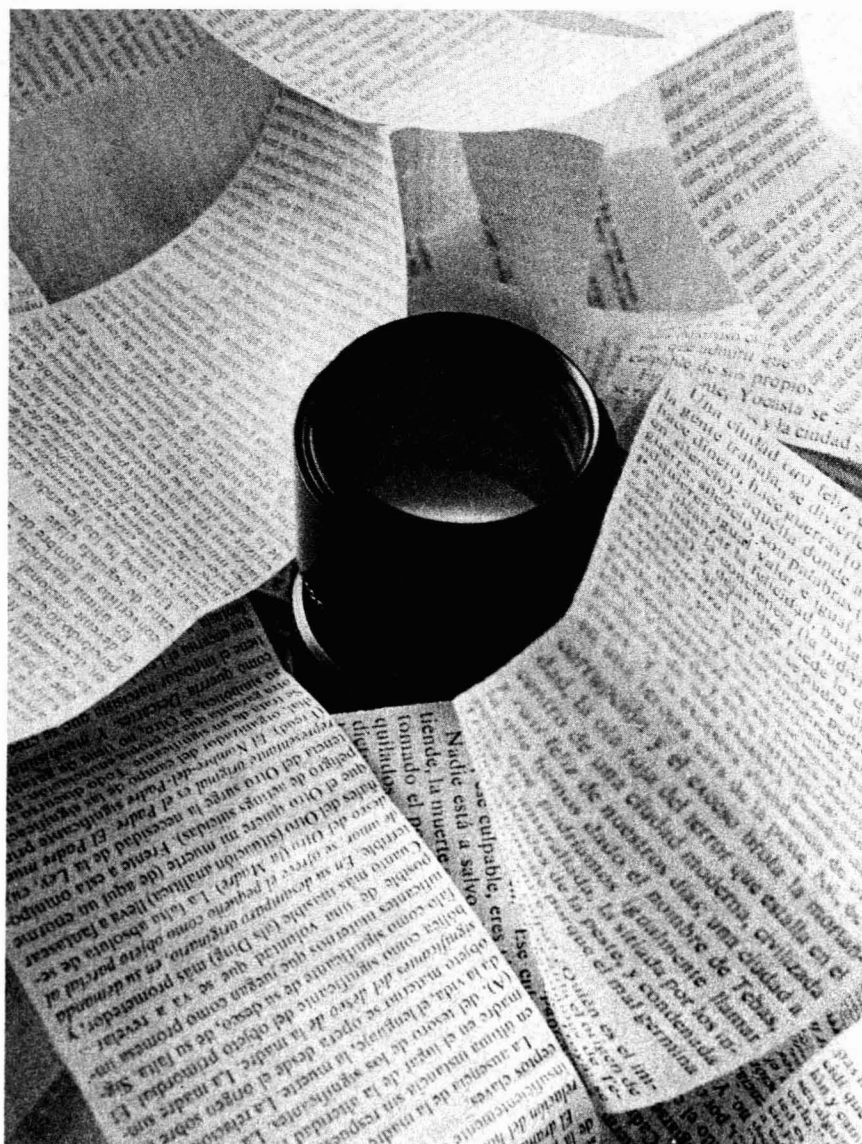
En una ciudad moderna, civilizada y casi feliz, o sea, en cualquier ciudad de nuestros días, se desarrolla la acción dramática de *Juegos de masacre*. Le daremos el nombre de Tebas, aunque podríamos igualmente llamarla Troya. Las ciudades todas tienen algo en común: los hombres que las levantan, las hacen florecer y finalmente las destruyen; los hombres que nacen y mueren en ellas. Los habitantes de esta moderna Tebas, como los ciudadanos de cualquier Troya moderna,

comparten las mismas calles, los mismos jardines, la misma mesa; poseen una misma y dulce o amarga realidad cotidiana y, sin embargo, a fuerza de verse ya no se conocen.

Una ciudad casi feliz, es aquella donde la gente trabaja, se divierte, hace el amor, hace dinero, hace guerras (o las contempla en silencio); aquella donde amor, dinero, guerra, silencio, son palabras (hechos) que adquieren igual valor e igual significado. Para alcanzar la felicidad, basta con hacer a un lado la conciencia (la individual y la colectiva) y dejar que ruede lo que tiene que rodar. Si el mundo se pudre allá él, no es cosa nuestra. Y el mundo se pudre, efectivamente, porque los hombres se han olvidado de crear y han retrocedido hasta el grado de no ser ya más que meros inventores despiadados de su propia desintegración. Viven de y en la corrupción; además, padecen de una excesiva abundancia de cosas. Y la excesiva abundancia de cosas en una tercera cara de la peste. Así, de la corrupción y el exceso brota la mortandad, la ola roja del terror que estalla en el centro de una ciudad moderna, civilizada y casi feliz de nuestros días; una ciudad a la que hemos dado el nombre de Tebas, pero que podríamos igualmente llamar Troya, la amurallada, la sitiada por los invisibles soldados de la peste, y condenada irremediamente porque el mal germina en su propio vientre.

¿De quién es la culpa? ¿Quién es el impuro? ¿Será una sangre vertida el origen de todos estos males? Los habitantes de Tebas miran a los ciudadanos de Troya: se miran entre sí funcionarios, burgueses, proletarios, demagogos, científicos, enfermeros, enterradores, aves de rapiña. Se miran entre sí, se ofatean, se vigilan. Víctimas del abatimiento, a solas, se preguntan: "¿Quién es, oh dioses, el culpable?" Y los dioses responden: "Ese culpable que buscas, ese culpable, eres tú."

Nadie está a salvo. El contagio se extiende, la muerte se multiplica. La peste ha tomado el poder, y los hombres son aniquilados a manera de expiación bajo su dictadura. Nadie está a salvo de nadie. El



hombre contemporáneo se asemeja demasiado a un cadáver en estado de putrefacción. Cuidado con él, con sus doctrinas, sus sistemas, sus dogmas, cuidado con sus juegos (de masacre) de política, con sus industrias y sus conquistas; cuidado con su paz y su caridad. Con su ciencia, cuidado. “¡Terrible cosa: hoy miras: un día ya no verás: serán tus ojos perpetuas tinieblas!” ¿Se cumplirá en todos y cada uno de nosotros esta implacable sentencia de Tiresias? La voz de Ionesco es una angustiosa llamada de socorro, el alarido desesperado de un hombre que ama profundamente a la humanidad y que la mira caminar en tinieblas hacia el abismo de su desintegra-

ción definitiva. ¿Por qué los hombres persisten en su ceguera? ¿Por qué continúan negándose la posibilidad de ser verdaderamente seres humanos?

Si la muerte es un movimiento irreversible, ¿por qué no dejarla que provenga naturalmente? La vida no es absurda, lo absurdo es el silencio (la complicidad), el no decir jamás lo que en realidad pensamos y sentimos. La muerte no es absurda, sino el haber *vivido* doscientos años al lado de una persona sin conocerla, sin haber sabido nunca que su gozo mayor consistía en contemplar un árbol o una nube, y que se admiraba ante la belleza de una alcantarilla. Qué absurdo esperar doscientos años para preguntarse: “¿Qué soy, quién soy, qué hago aquí?” Qué absurdo callar doscientos años algo que nos consumía los huesos y la sangre y que, sin embargo, era lo mejor que teníamos que decir: “Yo también te he querido siempre, pero a mi manera.” Y cuál haya sido esa manera es lo que menos importa, porque en fin de cuentas lo único que importa es descubrir, aunque sea después de tanto tiempo y en el instante mismo de la muerte, los valores reales de nuestra propia naturaleza. Porque este brote de ternura *absurda* es la gota de lluvia que hace romper su prisión de tierra a la raíz, es el íntimo reconocimiento de un amor que ha perdido la vergüenza y el miedo de llamarse amor, es el instante de la comunión del hombre con el ser humano; es la liberación, la lágrima que habrá de apagar la llama de la peste. No es la liberación final, sin embargo. Es únicamente un principio, un punto de luz en el infinito espacio oscuro. No basta una lágrima sola, un solo contacto humano no es suficiente. Por eso los habitantes de Tebas y los ciudadanos de Troya se preguntan, nos preguntan: “¿Estamos salvados? ¿Estamos salvados?”

¿Estamos a salvo, usted y yo de la experiencia de la peste? ¿Estamos a salvo, usted y yo de nuestra propia corrupción, de la epidemia de nosotros mismos?

San Rafael, México

